Esto no obstante, debemos confesar que la clasificación del distinguido sacerdote francés, nos parece bajo otros aspectos, una de las más completas y bien imaginadas, y revela á la vez, la profunda erudición de su autor, sus vastos conocimientos enciclopédicos, así como su genio, sintético y filosófico.

Declara el Abate Moigno, que diseñó su cuadro en unión del ilustre sabio, Andrés-María Ampère, completándolo después, cada uno por su parte, aunque en muy diverso sentido. Hablando del suyo, el mismo autor lo califica de "incomparablemente más filosófico y completo, absolutamente natural, que procede directamente de lo simple á lo compuesto y de lo general á lo particular; que es tal, en una palabra, que ninguno pueda rehacerlo ó encontrarlo de nuevo una vez que le hubiese sido abierto el camino." (*Véase la obra "Los Esplendores de la Fe," por el Abate Moigno, versión castellana, Barcelona* 1881, *Tomo III, pág.* 477.)

En vista de esa declaración, nos parece un deber manifestar que, si nosotros nos hemos atrevido á bosquejar un sistema de clasificación, diverso, ha sido porque hemos partido de un punto de vista diferente, considerando la ciencia como una obra humana, si bien desenvuelta por medio de las facultades y elementos con que Dios ha dotado al hombre. Este es también el motivo que nos hace no aceptar la división de las ciencias propuesta por el distinguido filólogo Max Müller, que en su interesante obra sobre la "Ciencia de Lenguaje" distingue aquellas en *Naturales* é *Históricas*, estableciendo que las primeras son obra de Dios y las últimas obra del hombre. La Optica por ejemplo, es ciencia natural según Max Müller, porque las leyes de la luz las ha establecido el mismo Dios, mientras que la Pintura es ciencia histórica porque es obra del hombre. Aquí vemos también una confusión inadmisible, entre el sujeto y el objeto de la ciencia: para nosotros los elementos de la Optica como los de la Pintura, son obra de Dios, porque obras suyas son todas las leyes y cuerpos que existen en el Universo, así como las facultades y medios que poseemos para saber algo; pero ambas ciencias, como tales, son obra del hombre, en cuanto á que ha descubierto las leyes á que están sometidos los fenómenos luminosos, ó las ha aplicado á la pintura. En realidad esa división, solo nos parece indicar, de un modo imperfecto, la distinción entre las ciencias teóricas y las aplicadas.



Por lo demás y volviendo á la clasificación del Abate Moigno, no dudamos que, si poseyésemos una inteligencia tan elevada y una ilustración tan profunda como la del ilustre sacerdote, y, si además nuestro punto de partida hubiera sido el mismo en que aquella fué concebida, nuestras conclusiónes habrian sido también idénticas. Las diferencias sustanciales que existen entre esa clasificación y la nuestra, dependen á nuestro modo de ver, de la relatividad del conocimiento y, fundándonos en este principio, no presentamos nuestro sistema como perfecto é incapaz de rehacerse, sino antes bien, como un

humilde ensayo que, no ya en lo porvenir y con el progreso de los conocimientos sea susceptible de mejorarse y aun rehacerse por completo, sino que, aun en la actualidad, puede aparecer lleno de errores y defectos, á quienquiera que posea mayor suma de inteligencia y de saber que la escasísima de que estamos dotados.

***

El paralelo que hemos intentado presentar al lector entre algunos sistemas de clasificación de las ciencias, concebidos bajo diversos puntos de vista, según la escuela filosófica á que sus autores pertenecen, deja comprender suficientemente la importancia capital que una clasificación de ese género encierra para las cuestiones trascendentales que, por estar más allá de lo físico y perceptible á los sentidos, pueden con justicia, seguirse llamando metafísicas, aunque las más de ellas no supongan una causa sobrenatural, si por esta palabra se ha de entender algo que se halle fuera de la naturaleza, y no sometido á sus leyes, según nosotros las entendemos.

Hemos visto que la escuela positivista, que no es la menos intransigente, excluye por completo de su cuadro de ciencias, aquellas que salen de la esfera de lo sensible para penetrar en la de lo esencialmente racional: otra escuela al contrario, parte de lo invisible para pasar á lo visible, y casi fija como base de la ciencia positiva, la filosófica en todos sus



ramos. Si entre estos dos extremos hay algunas graduaciones, ninguna de las que conocemos nos satisface por completo, pues en definitiva, todos los sistemas existentes, ó tienden á eliminar de la inteligencia humana las investigaciones sobre problemas que interesan profundamente al hombre, ó bien, dando por resueltos y casi de una manera absoluta esos mismos problemas, vienen á establecer dos comarcas en los conocimientos, casi sin comunicación alguna entre sí; la de la Filosofía y la de la Ciencia, y las colocan además, en un orden inverso del que en nuestro concepto deben tener, dada la manera con que el espíritu puede adquirir ideas más ó menos justas acerca de una y otra.

Creemos, pues, que la ciencia positiva ha dado ya y sigue dando elementos á la razón para elevarse á la esfera de lo metafísico y que, suponiendo que así no fuera, no tenemos derecho para asegurar que en lo porvenir, los progresos científicos no proporcionen nuevos datos y luces al entendimiento, para resolver de un modo más satisfactorio los problemas cuya solución hoy solo cree entrever. En tal caso, el método tiene que ser, entonces como hoy, el que nos hemos permitido bosquejar en este volumen: el paso de lo concreto á lo abstracto; del análisis á la síntesis; de lo visible á lo invisible; de lo empírico á lo racional.

¿Quiere esto decir que cerremos la entrada á todo principio *a priori* en las investigaciones filosóficas? No en manera alguna, pues los principios *a prio-*

*ri* tienen su valor en ciencia y en filosofía, cuando los confirma *a posteriori* la observación y la experiencia. Además, existen y existirán siempre, principios *a priori* en todo acto intelectual de cualquier orden, y que jamás podrán ser aniquilados por escuela alguna. Estos principios son las leyes psicológicas del conocimiento, confirmadas como hemos dicho en otro lugar, por la ciencia empírica, pero lógicamente anteriores é independientes de ella, pues no debe olvidarse que la ciencia es obra del espíritu, y que éste, ya se le considere como sustancia inmaterial, ya como función del cerebro, ó como conciencia subjetiva, tiene que obedecer á las leyes de su naturaleza. Quien esto niegue, no tiene derecho á discutir, ni á invocar lógica, ni criterios, ni razón para convencer á otros de que estén en un error.

M. Leblais, positivista decidido y que combate de una manera ruda las doctrinas metafísicas, después de recorrer en su obra sobre *El materialismo y el espiritualismo*, la historia de la lucha constante entre esas dos escuelas, establece que una de las fases de esa lucha, ha tenido efecto entre los partidarios de los métodos analítico y sintético, con los nombres de Escuelas ideologista y psicologista, y despues añade: "Dos operaciones lógicas muy diversas, el Análisis y la Síntesis, intervienen necesaria y alternativamente, en toda investigación del espíritu humano: el Análisis elabora los materiales, la Síntesis los coordina; el uno descompone el objeto dado, en sus partes simples ó elementales; la otra, ya conocidas las partes, reconstituye el conjunto de mo-



do que sea posible descender á aquellas y efectuar un análisis más profundo, de donde saldrá una síntesis más exacta que la síntesis anterior y conduciendo á otro análisis más preciso; y así sucesivamente á perpetuidad: procediendo siempre por aproximaciones sucesivas." (*Matérialisme et Spiritualisme. Paris* 1865, *pág.* 148.)

Aceptamos de la manera más completa la opinión de M, Leblais, y de ello es una prueba el carácter relativo y progresivo que atribuimos á los conocimientos científicos y filosóficos, y el orden que hemos dado á unos y otros en nuestra Sinopsis. Para nosotros las ciencias de observación que deben estudiarse principalmente por el método analítico, dan al espíritu los elementos ó materiales indispensables para pasar á las ciencias metafísicas en gran parte racionales, cuyo fin es sintetizar los fenómenos en principios más generales, que después permitan descender otra vez con mayor éxito al análisis; engendrando cada progreso en éste, un progreso correlativo en la síntesis y recíprocamente. Esto es lo que hemos intentado expresar en nuestro cuadro, principalmente al establecer que ciertas ciencias, en que se resumen los fenómenos y sus causas, esto es la Psicología y la Teognosia, cuyo carácter sintético es bien marcado, son de progreso indefinido; se desenvuelven con los progresos de las demás y las hacen progresar á su vez.

Se ve, pues, que el método que propone como racional y perfecto M. Leblais, filósofo positivista,

aceptado también por M. Taine y en general, por los filósofos de casi todas las escuelas modernas, lejos de excluir del cuadro de los conocimientos las ciencias metafísicas y filosóficas, las hace al contrario, tan necesarias, como las ciencias positivas.

El método analítico, según M. Lablais, aprecia principalmente las diferencias y el sintético las semejanzas; el uno determina los efectos por medio de las causas, el otro las causas por medio de los efectos: del análisis trae su orígen la *deducción*, de la síntesis la *inducción*.

Estos dos medios de investigación, tan necesarios el uno como el otro en concepto de todos los pensadores de este siglo, son el fundamento principal de la conciliación que intentamos establecer entre la Ciencia y la Filosofía. No aceptamos con Descartes, que en todo caso los efectos se demuestren por las causas. *V. Méthode V.* 4), tampoco admitimos con bondillac, la preponderancia casi exclusiva del método analítico (*V. la Lógica de este autor*); sino deseamos que estos dos métodos se empleen alternativamente por el entendimiento humano en todas sas investigaciones; que los efectos no se demuestren por sus causas, sino cuando estas nos sean bien conocidas y que, para conocerlas, se parta al contrario, de los efectos, que es lo único directa y positivamente perceptible para nosotros; queremos, en fin, que en toda investigación, se huya de un exclusivismo sistemático, y se consideren siempre, como otros tantos hechos positivos, todas las facultades,



todas las tendencias y todos los instintos del espíritu, sujeto de la ciencia y por quien y para quien ella se elabora.

En el empleo de esos medios confiamos al esperar que lleguen á curarse algún día, las dos graves enfermedades que aquejan á ciertos espíritus en nuestra época: el indiferentismo por una parte, y, por otra, el escepticismo que, nuestro ilustrado y respetable maestro, el Sr. Lic. Ignacio Altamirano, ha caracterizado de una manera elocuente, llamándole "triste estado del espíritu, que es en la región de la conciencia, lo que la miopía en el dominio de la visión." (*Del "Ensayo sobre Clasificación de las Ciencias por R. Manterola, nota núm.* 48).

---